

Destino espectacular, pero malhadado, se construyó Guillén de Lampart, “hijo de sus hazañas”, como deseaba que fuesen todos los hombres. Su legado comparte entusiasmo y adhesiones, con ambigüedades y dudas que no terminan de disiparse. Es difícil ser simplemente imparcial frente a él. Quien lo dijo mejor fue, refiriéndose a él, el dramaturgo Julio Jiménez Rueda: **Vidas reales que parecen imaginarias** (1947). La secuencia del descubrimiento del personaje histórico de Guillén Lombardo o Guillén de Lampart fue, ella misma, tortuosa. Su descubridor, el historiador Vicente Riva Palacio, adoptó la versión más negativa y deformada de la vida y el significado de Guillén, la de la propia Inquisición. El título de la obra que le dedicó habla por sí mismo: **Memorias de un impostor: Don Guillén de Lampart** (1872). Pero lo dio a conocer y editó extractos de su proceso, gracias a los cuales Porfirio Díaz mismo decidió incluirlo en el monumento a la Independencia de 1910. Ya se sabe, su estatua terminó adentro, no afuera, gracias a otro historiador, Luis González Obregón. Perduró en la imaginación colectiva el modelo creado por Riva Palacio, quien lo desacreditó o caricaturizó a la vez que lo novelaba y lo volvía una leyenda. Esa leyenda ha crecido, redondea al personaje y lo hace más interesante. Pero acarrea imputaciones y atribuciones erróneas, como la que le atribuye escritos en cinco idiomas (dominaba principalmente el español y el latín; hablaba mal el inglés; no debe haber sabido nada de gaélico, pues él mismo era de descendencia normanda, no propiamente irlandesa).

Guillén de Lampart falsificó documentos de reyes o del papa, y pretendió por un tiempo ser hijo del rey Felipe III. Fue en general fanfarrón, secretivo como agente conspirador y a la vez indiscreto, provocador en su actitud pública, y esto se sabe porque la inquisición registró sus invectivas y los informantes dentro y fuera de la cárcel transmitieron palabra por palabra muchas de sus conversaciones. La imaginación carcelaria lo manchó con historias grotescas de magia, con apariciones de gatos y perros, peyote, vajillas de oro macizo llenas de manjares que aparecen de la nada. Él mismo quiso poner las cosas en su sitio cuando declaró, respecto de semejantes acusaciones del fiscal de la inquisición: “(no) dejo de admirarme que las pueriles mocedades mías se hayan reducido a cargos de fe católica”.

La frontera entre hecho verdadero y hecho inventado, entre reconocimiento y negación, se borra de varias maneras en el caso de Guillén. Otro título que intentó describirlo es justamente **Laberinto de las mentiras**. Pero quedarse ahí es un error. Pues todo lo que sí fue Lampart podría abarcar más de una vida y una sola biografía. Algo tuvo del Orlando de Ariosto, del Orlando “furioso” particularmente, de personaje de fábula, pero también de héroe histórico; vivió y vio su propia vida dentro de la mitología clásica que conocía tan bien. Quiso la acción o se enredó en el mundo de forma catastrófica, pero en una circunstancia también providencial, épica, pues cayó en el ojo del huracán y fue sumergido por la tormenta. Si hubo un momento apto para levantar la Nueva España –aunque desde aquí parezca haber sido siempre ineluctable-, fue cuando llegó y vivió en libertad en ella, en 1640-42: Portugal, Brasil y Cataluña se desgajaban del imperio español, y Escocia y su natal Irlanda arremetían contra su invasor británico. Entre el temor generado por la inestabilidad general y la sempiterna sospecha contra el pueblo judío, cundió el rumor de que los portugueses y por ende, los judíos conversos de México buscarían levantarse con el reino. Como se sabe, después de su expulsión en 1492 los judíos que permanecieron en España tuvieron que convertirse, y muchos partieron a Portugal. La “traición” de Portugal se volvió la conjura posible de los judíos contra los reinos españoles. La Corona en sus diversos reinos procedió entonces a destruir la colectividad criptojudía, sin realizar que destruía así una poderosa red que estructuraba el comercio mundial en manos de España, con inmensas e innovadoras redes de circulación de mercancías y crédito. La tarea de destrucción: encarcelamiento y muerte de hombres y mujeres, ancianos y niños, quedó en manos de la corrupta inquisición, que sometió a esos altos financieros en cuatro continentes a una suerte de robo en despoblado, de simple saqueo de mercancías y joyas. En ese turbulento contexto Guillén jugó en varias bandas: posible agente secreto del conde duque de Olivares, quien necesitaba fortalecer las finanzas de la Corona, quebrantadas por sucesivas guerras, intentó proteger a los criptojudíos de la sospecha que pendía sobre ellos; a la vez, contribuyó a la caída del virrey marqués de Villena, un Grande de España, también sospechoso por sus relaciones familiares con el nuevo rey de Portugal; y concibió en esas aguas revueltas una sublevación de los esclavos afroamericanos y los indios de la Nueva

España, que lo coronaría como rey. Encarcelado y sintiéndose condenado, peleó con rabia y logró dejar centenares de páginas de denuncia contra la inquisición, en las que hace abundante y brillante uso de su extraordinaria cultura clásica, teológica y jurídica. Terminó entregado al panfleto flamígero y a la poesía de extrema piedad cristiana e imbuida de lo que llamaríamos “humanismo social”.

Gran intelectual, aventurero, soldado, libertador, poeta: fue tanto, que le negaron todo. Pero la biografía que declaró es cierta y es espectacular: condenado a muerte, aún niño, por el rey de Inglaterra por escribir contra su dominación de Irlanda; adolescente capturado por piratas; estudiante destacadísimo en una amplia gama de saberes de su tiempo; soldado en grandes batallas al servicio del rey de España, desde Nördlingen en la actual Bavaria (1634), hasta Flandes y Fuenterrabía en España (1638). Y muchos datos parecen confirmar que sí fue, en la Nueva España, espía del conde-duque de Olivares, el “valido” del rey Felipe IV, pretensión que fue recibida con máximo escarnio por la Inquisición. Al contacto con los indios y los esclavos de México, se propuso alzarse con el reino para liberarlos, hacerse su rey e instaurar un nuevo orden donde todas las razas tendrían igualdad de oportunidades: concibió con detalle el plan insurreccional y la organización de la nueva sociedad tras la sublevación. Preso, volcó su entusiasmo hacia la comunidad judía en la cárcel, a la que procuró organizar, proteger y consolar. Y fue un gran poeta de nuestra Nueva España: sus novecientos salmos y diecisiete himnos en latín, escritos en la cárcel con tinta fabricada por él, están apenas siendo descubiertos y son deslumbrantes. Terminó siendo un místico, aunque también parece un hecho que perdió la razón en tan largo cautiverio.

Tampoco su nombre queda claro, como se hace evidente en el programa de este coloquio: Yo lo he llamado Lampart, –como se le decía también en su tiempo, por lo menos en la Nueva España, y como le dijeron algunos de sus biógrafos clásicos–.

Pero casualmente encontré esta declaración del propio interesado:

Admite que el apellido de los Lombardo es ilustre, y niega como ignorante que la corrupción de la lengua del condado de Guesfordia como en varios reinos corrompe el vocablo Lombard de la ciudad de Marapia en Lambardo o Lampord; a donde jamás se oyó ni se oyerá que yo, ni mis padres, ni los de

mi apellido fuese escritos Lampart: que va en dos letras de diferencia. (AGN Ramo Inquisición, vol. 1496, f. 338f.)

Luego quise adoptar Guillén de Lámpart –su apellido original irlandés, y como lo llama su primer editor, Méndez Plancarte-, para terminar dándole razón, aunque un poco tarde, a mis ilustres colegas –Troncarelli, Olivia Isidro, Lizardo- que han adoptado su nombre español y con el que firmaba en la Nueva España, don Guillén Lombardo de Guzmán (aunque el De Guzmán es un añadido espurio, recalcó la Inquisición).

Se dijo que aparecía retratado en dos pinturas de famosísimos artistas, una como estudiante de gran renombre, otro como soldado destacadísimo: esto ha sido poderosamente desmentido. Se dijo y se desdijo que inspiró o fue el primer y verdadero Zorro.

Su doble herencia llegó hasta la planeación y construcción del conjunto escultórico en la Columna de la Independencia de México. Advertido por un autor poco conocido, pero llamado Lombardo como nuestro personaje<sup>1</sup>, Porfirio Díaz aceptó que se añadiera Lampart a la pléyade de héroes de la Independencia: la escultura fue realizada por Guillermo Cárdenas (también se dice que por Enrique Alciati, autor de las otras esculturas) en 1903, mide 2.15 metros de altura y representa a Lampart en la hoguera. Pero en 1908 Díaz escuchó las voces disonantes y encargó a un historiador reconocido, Luis González Obregón (1865-1938), escribir una evaluación histórica del personaje. Su respuesta, contenida en su *Don Guillén de Lampart, la inquisición y la independencia en el siglo XVII* (1908, p. 248), es un clásico para nuestro tema:

Sin haber sido un héroe, ni un príncipe, ni actor en aventuras ciertas o soñadas en su locura de grandeza, Guillén cautiva, empero, por su extraordinario saber y talento, por su vida real, por su larga y cruel prisión, por su muerte injusta y horrorosa; y por haber sido la víctima inocente del más absoluto y vengativo poder inquisitorial; pero no debe alzársele una estatua en el monumento de la Independencia.

---

<sup>1</sup> Alberto Lombardo, "Injusticias Históricas. Olvido del primero que concibió e intentó la Independencia de México", 1901.

Ya se conocen las consecuencias: la estatua está ahí, pero tiene el singular honor de hallarse completamente separada de las demás, invisible desde afuera, radicalmente sola, en el interior de la estrecha columna de la Independencia. Monumento que sigue siendo cuestionado y considerado fatalmente insólito, es también el corazón oculto del corazón de México.

## II

El **Año de Lampart** ha caído como fruta madura. Se dijo que nació en 1611, también en 1615; cuando nos fijamos, el primero había pasado así que escogimos el segundo, respaldado por sus dos grandes biógrafos, Troncarelli y Ronan. Nació precisamente el 25 de febrero.

Los lampartianos de hoy hemos hasta cierto punto merecido festejar un centenario de nuestro personaje.

Hace varios años ya que las calles de Wexford, Irlanda, se alegran en el mes de mayo con el Zorrofest, un festival popular destinado a dar a conocer en su tierra natal a don Guillén. Ese festival confirma la salida a plena luz de nuestro personaje en sus dos tierras, Irlanda y México.

Existen obras fundamentales aparecidas desde el cambio de siglo sobre Lampart:

El gran libro de Fabio Troncarelli quien para nuestra fortuna está aquí presente: **La Spada e la Croce** (1999), **La espada y la cruz** contribuyó poderosamente a crear la actual fama de Lampart, con una investigación amplia y erudita, que le atribuye a Lombardo contactos e intrigas deslumbrantes, como el apoyo directo del obispo de Puebla, Palafox y Mendoza, y de muchos franciscanos, en particular franciscanos irlandeses en España y México.

El irlandés Gerald Ronan (2004), que no pudo acompañarnos, realizó una biografía realista y humana, anclada en el conocimiento de primera mano de su propia tierra. Sitúa a Lampart como un irlandés de carne y hueso. Ronan muy

particularmente descubrió que uno de los salmos más notorios de Lampart, el Salmo 632, que denuncia la esclavitud, es una versión del Sermón de Navidad de fray Antonio de Montesinos, de 1511, citado por Bartolomé de Las Casas en su **Historia de las Indias** (1560). Lo cual nos indica que Lampart efectivamente tenía conocimiento de la importante discusión sobre la legitimidad de la posesión de América por la Corona de Castilla, que tuvo lugar más de un siglo antes de su tiempo.

Por su cuenta, el ensayo de Alicia Gojman de Backal llamó la atención tempranamente sobre el tema central de la relación de don Guillén con los judíos, sus compañeros de cárcel, a los que defendió en páginas luminosas.

En esta oleada se inscribe también mi propio pequeño libro sobre el irlandés. Con la base documental a la mano, me propuse en primer lugar sacar en claro lo que los clásicos del tema ya habían documentado sobre don Guillén. Los dos primeros clásicos, ya mencionados, fueron Vicente Riva Palacio y Luis González Obregón. El tercero, central, fue Gabriel Méndez Plancarte, quien por primera vez, en 1948, publicó extractos de la obra lampartiana.

Siguiendo los pasos de don Gabriel Méndez Plancarte, en la Biblioteca Digital Mexicana hemos emprendido la publicación de los principales documentos de o sobre Lampart existentes en la ciudad de México. Como se sabe, éstos en su casi totalidad se encuentran en dos instituciones: el Archivo General de la Nación y la Biblioteca Cervantina del Tecnológico de Monterrey: pueden consultarse en nuestras páginas, gracias a la buena disposición de sus directores, algunos de los grandes documentos lampartianos, como la *Propuesta al rey Felipe IV para la liberación de Irlanda* (c. 1638-1640), ejemplo de alta política y alta intriga internacional, y un proyecto completo de insurrección (aquella insurrección irlandesa contra la dominación inglesa que efectivamente estalló en 1641, con resultados muy sangrientos para ambas partes), documento presentado al rey de España para obtener su apoyo militar a cambio de hacer de Irlanda un protectorado de España. Publicamos también el escrito por el que se le atribuye ser un precursor de nuestra independencia: la *Proclama insurreccional para la*

*Nueva España* (1640-1642); su *Pregón de los justos juicios de Dios, que castigue a quien lo quitare*, autodefensa pegada en las paredes de la ciudad de México en su breve fuga de diciembre 1650; las cartas de su mujer Ana de Cano Leiba y Teresa la hija de ambos, y varios otros. Incluimos también la notable publicación de la Inquisición en ocasión del *Auto de fe* de 1659, en el que sucumbió Lampart. Y últimamente, pasajes de las “Comunicaciones de cárceles” que protagonizó. Y vienen muchos más.

Este esfuerzo en la BDMx ha corrido en paralelo con la obra de otros dos lampartianos mexicanos. La latinista Olivia Isidro, que en sus dos tesis de licenciatura y de maestría (2011 y 2014) ha analizado y traducido con el mayor rigor académico los himnos de Lampart, que son parte de su gran poemario en lengua latina el *Regio Salterio*, compuesto, como se sabe, de 900 salmos, 17 himnos y dos singulares textos en español. En particular su recién estrenada tesis de maestría, donde presenta, transcribe y pone en contexto lingüístico y clásico a los Himnos, establece una correspondencia sistemática y puntual entre textos políticos y textos poéticos/místicos de Lampart, lo cual es una contribución al esfuerzo colectivo por comprender más a nuestro personaje.

Otro lampartiano mexicano, el historiador zacatecano Gonzalo Lizardo, también autor de la novela sobre Lampart *Memorial del basilisco* -de la que mañana presentaremos, teatralizado, uno de los capítulos-, ha contribuido a la oleada lampartiana con una excelente transcripción, transposición o edición de la que es acaso la gran obra de Lampart, el *Cristiano desagravio*, de gran vuelo literario y una obra consumada de tan sutil como devastadora sátira a sus verdugos los inquisidores novohispanos. El *Cristiano desagravio* contiene en particular un poema notable de Lampart en español, que podría acaso adoptar el nombre de su primer verso, *Alcides magno, y del Olimpo puro...* Y en tercer lugar, Gonzalo ha preparado una reedición de la obra básica sobre Lampart, el *Don Guillén de Lámpart y su Regio Salterio* de Gabriel Méndez Plancarte, reedición que hará mucho por difundir esta obra fundamental, que incluye traducciones, transcripciones y la catalogación de toda la obra de Lampart.

Finalmente, con el apoyo de generosos patrocinadores de Irlanda y México, y de las embajadas de Irlanda en México y de México en Irlanda, el traductor Hank Heifetz y yo hemos logrado traducir al inglés mi libro sobre Lampart, incluidos algunos de sus intrincadísimos escritos originales. Añadimos además otros valiosos documentos y veinte poemas del *Regio Salterio*, que, gracias a la magnífica traducción de Hank, son una revelación. Pronto estará lista esta edición irlandesa.

Participan también en este coloquio muy apreciados historiadores que han estudiado directa o indirectamente a Lampart: el historiador Antonio Rubial, quien estudió a los iluminados católicos perseguidos por la Inquisición en esos mismos años, y se hizo novelista para contarlo; el especialista en cultura griega y latina Gerardo Ramírez Vidal estudia la argumentación retórica en la Proclama de Independencia de Lampart. Y dos notables historiadores, Miruna Achim y Oscar Mazín, nos ayudarán a comprender los saberes de Lampart en el contexto de la contrareforma en España y la elevada educación que recibió, donde la escolástica tomista y el pensamiento hermético tocaban de varias maneras el humanismo renacentista.

### III

Hay muchas materias en torno a Lampart que merecen mayor profundización. Una particularmente difícil es la de la formación intelectual de nuestro personaje, irlandés católico educado en Dublin, Londres, Santiago de Compostela y El Escorial: educación predominantemente jesuita, sometida aun a una escolástica muy limitante si se compara por ejemplo con Londres o las ciudades italianas, pero abierta de otras maneras al humanismo y el pensamiento científico. Guillén mismo enumeró las materias que cursó y sus maestros. Estos estudios comprendían:

- ante todo la teología;
- los estudios clásicos (los griegos y los romanos, filósofos e historiadores; las autoridades de los padres y de los concilios de la iglesia, sagradas escrituras, profetas, apóstoles, la antigüedad cristiana, el aprendizaje del griego y el hebreo, los doctores de la iglesia), las matemáticas (astronomía, cosmología) y la filosofía natural (o ciencia), que componían el *Ratio Studiorum* jesuita;
- la astrología, la geometría, la espagiria o química antigua;

- el *Trivium* compuesto por gramática, retórica y dialéctica;
- el arte de memoria, metafísica, filosofía moral y secreta filosofía, la magia natural, derecho, política y lo oculto de Estado,
- y la química, arquitectura, óptica, hidráulica, geometría, fortificación.

Siempre que regresamos a sus papeles, tenemos que concluir que Lampart nos sorprende, que es inagotable. Su cultura es inabarcable: cita de memoria multitud de fuentes latinas -Horacio, Virgilio, Ovidio, Cicerón, Juvenal, Quintiliano, Prudencio, Plinio, por decir algunos- y católicas de todas las épocas –desde la Biblia y la Patrística a escritores de la Edad Media y los grandes doctores de la iglesia, al servicio de alegatos teológicos y jurídicos de alta precisión y soltura.

Para quienes no sean familiares con el verbo lampardiano, éste sería un ejemplo, dirigido hacia los inquisidores, “Los dichos fascinerosos”:

Que se vea que son étnicos (?), por cuanto veneran varias leyes, según el Apocalipsis capítulo 17, son ateístas por cuanto no guardan ninguna, y no conocen más Dios que el vientre, según N.S., por San Matheo son traidores a Dios por cuanto venden a Dios por la codicia, según Lucas cap. 22 son maniqueos por cuanto niegan la verdad visible, son blasfemos por cuanto desprecian los sagrados cánones, San Matheo cap. 26, son apóstatas por cuanto desdeñan y obran contra las bulas apostólicas, son apostatantes por cuanto prevarican de la fe católica a los fieles, son sectarios y cismáticos por cuanto constituyen nueva religión y nuevos capítulos de nueva fe contra la santa sede apostólica, son herejes por mil y doscientas herejías convencidas, son conciliábulos por sus concilios blasfemos contra la iglesia, por negar efectos que inclinan el albedrío, por condenar los misterios de nuestra santa fe, por condenar la astrología católica y sus efectos y pronósticos naturales en la medicina mandados por el Santo Concilio, por creer que hay criatura que penetre los internos pensamientos reservados para Dios solo (...) (Archivo Histórico Nacional, ff. 114r-114v)

Pero no fue solo un maestro de la retórica de la denuncia. Su pasión y su valentía brillan en la defensa que hizo de los criptojudíos que compartieron cárcel con él, defensa impensable dentro del imperio español y más aun en una cárcel del Santo Oficio. En sus largos alegatos en defensa de los judíos encarcelados, el tema de fondo finalmente era la libertad de conciencia, la libertad religiosa, y la necesaria primacía de una decencia básica y del respeto a la vida humana. Comprendió bien

que el objeto de los inquisidores era apoderarse de la riqueza de los que acusaban de judíos, pues esa acusación implicaba la pérdida de todos los bienes. Supo cómo saquearon esos bienes materiales para venderlos desordenadamente. Eterno curioso, registró perfectamente quién era quién entre víctimas y victimarios y qué pasó con cada uno, y lo denunció repetidamente, con información minuciosa y largas listas de nombres, estando preso él mismo, haciendo polvo el sistema establecido por el Santo Oficio de que no había modo de salvarse si no era hundiendo a los demás. Su bondad justamente indignada lo llevó a describir en detalle la ruina de tantos hombres y mujeres: el hambre, las torturas, el abandono. Escribió ante la inquisición, con su dolido aliento poético: “Con Dios atestigo mis verdades y con la vista del mundo y con la mayor tragedia que se ha escrito, a que me remito”. (AHN, f. 111r)

#### IV

Olivia y yo habíamos comentado hace un par de años acerca de la dificultad de contar esa vida y de incluir en ella su obra, que es lo que ahora se propone en su tesis de maestría cuando relaciona poesía y programa político. En efecto en Lampart hay una continuidad, una congruencia, entre poesía, misticismo católico, intensa rebeldía social, y la enjundia verbal de quien, como dijo su biógrafo inquisidor, Rodrigo Ruíz de Zepeda Martínez, escribió contra sus propios verdugos “con declarada hostilidad, y con el más sangriento estilo”.

La pasión que animaba la obra escrita y oral de Lampart (sus largas declaraciones ante el tribunal del Santo oficio) era la que animó a su vida toda, que vivió con la exaltación de un destino único y heroico, verbalizado para poder así mirarse a sí mismo. En el *Alcides magno, y del Olimpo puro...* (que como dijimos es parte de *El Cristiano desagravio*), poema mitológico, Lampart se presenta a sí mismo como un gigante o cíclope, uno de los hijos de Júpiter y la ninfa Iberna; y recorre su vida como una sucesión de episodios mitológicos, perseguido por “el alto Jove” y Polifemo. Y en el psalmo 62 del Regio Salterio, de esos mismos años, invocaba a la virgen Astrea, la Justicia, titánide que creó las constelaciones Virgo y Libra y que se

iluminaba al alba con “la lámpara” de Febo, ejemplo hermoso de integración de mitología y astrología en un contexto profundamente católico.

¿Cómo sorprenderse de que la Inquisición, más allá de que reaccionara a sus ataques directos, chocara con su estilo personal? La pureza del catolicismo de Lampart era veneno puro para la hipocresía de la Inquisición novohispana, contaminada de la persecución religiosa de la contrareforma contra los protestantes y los judíos, y coto de poder espurio construido sobre su afán de dominación de la sociedad. Al cuestionar de frente ese poder, con creciente estridencia, se condenó a sí mismo. No mentía al presentarse a sí mismo, como la Inquisición recogió para denunciarlo, como

Don Guillén Lombardo, por la gracia de Dios, puro, perfecto y fiel, puro Apostólico Romano, Primogénito de la Iglesia y heredero de la pureza de ella a más de 1400 años.

Pues en efecto su pueblo, el irlandés, fue el primero del mundo en convertirse a la religión católica, en los primeros siglos de nuestra era, y la mística devoción de su estirpe fue tan exaltada en lo religioso como en la lucha libertaria. Esa misma exaltación embellecía el origen de su familia, de pequeña nobleza comerciante en mar y tierra, pero heredera de un pasado remoto de invasores normandos (los Lámpart llegaron con las invasiones normandas en el siglo XII), nobleza antigua al servicio de la cruz y la espada, muertos en las cruzadas, piadosos caballeros dedicados a la preservación de un santuario celta, caballeros templarios, nobles que perdieron sus castillos y tierras resistiendo la invasión de los ingleses, y finalmente guerreros al servicio de su Católica Majestad el rey de España y de su Santidad en el Vaticano.

Podría decirse, si no fuera inevitablemente un poco cursi, que Guillén fue quijotesco, pues creía en un destino caballeresco para sí mismo, a pesar de que la realidad lo desmintió paso a paso. Pero su vocación no era ser un justiciero privado, sino provocar grandes transformaciones en el mundo mismo. Podría decirse también que, al poner su biografía en el centro de su obra, y al vivir dentro de la realidad una vida novelada, GL tuvo algo de iniciado, fue un místico

romántico completamente *avant la lettre*, antes de su tiempo. Pero su pensamiento, digno portador del mundo clásico y de una cultura entre renacentista y medieval, tomó la dirección de defender las naciones oprimidas, los desfavorecidos y la libertad de pensamiento, que son ideales de la modernidad. Y no dudó en jugarse la vida en defensa de sus convicciones, lo que lo convierte en un héroe, un héroe trágico. Uno de los muchos pendientes de la investigación sobre Lampart es encontrar sus pares en la historia: ¿uno de ellos podría acaso ser Lord Byron, brillante y oscuro a la vez, rebelde, arrogante, gran escritor y héroe autodestructivo?

## Bibliografía

GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis, **Don Guillén de Lampart, la Inquisición y la Independencia en el siglo XVII**, Librería de la Vda. C. Bouret, México, 1908.

VÁZQUEZ, Olivia Isidro, "Entre la fe y el discurso político: los himnos del Regium psalterium de don Guillén Lombardo de Guzmán, primer rey de México". Tesis de maestría en Letras Clásicas, 2014, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

MARTÍNEZ, Andrea, **Don Guillén de Lampart, hijo de sus hazañas**. México, FCE, 2012.

MEDINA, José Toribio, **Historia del Santo Oficio de la Inquisición de México**. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1991.

RIVA PALACIO, Vicente, **Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México**. México, Manuel C. de Villegas, editor, 1872.